

jor retribuido quizás que el padre de la novia..., y en el pequeño círculo de conocidos y amigos de ésta se alzaría igual revuelo que ahora en la corte de Sajonia al divulgarse el escándalo de la princesa Luisa.—El hombre se agacha con facilidad para acercarse a la mujer, de cualquier estado ó condición que sea; y este fenómeno en apariencia extraño, pues al cabo el hombre tiene infinitamente más margen de elección que la mujer, se explica por el concepto de la inferioridad femenina. Considerar á todas las mujeres inferiores, es igualarlas, es no apreciar entre ellas diferencias de categoría, predominando la idea sexual á secas: «Una mujer, ¡qué diablo!, es una mujer.»—Y así con tal frecuencia encontramos los enlaces desiguales, en que la mujer sube y el hombre baja.—La mujer, insisto en ello, es insólito que comprenda el matrimonio, y hasta el amor, con quien no esté á su nivel social.

Y como quiera que la iniciativa, en estos casos, está admitido que procede del varón..., he ahí por qué me da tela para discurrir el arranque del pianista al declarar su atrevimiento, y en este caso atrevidísimo pensamiento, á la princesa real.

Ocurrió en un pueblo un suceso de mucha menor importancia que el de la princesa, y fué que un pintor de puertas y ventanas, llamado á ejercer su profesión en una casa de burgueses distinguidos, salió de allí llevándose, en la caldereta del albayalde, empujando y cautivo el corazón de una de las señoritas de la casa, con la cual contrajo justas nupcias al poco tiempo.—Hicieron, era natural, variados y picantes comentarios, y la base de la charla formaban las suposiciones acerca de «¿Cómo empezaría aquello?» Hasta que una señora, resumiendo el debate, exclamó: «No es posible que él haya tenido el descaro de declarar se. No me cabe duda, ella se le plantó delante y dijo, exhalando un suspiro confitado: «¡Ay, quién fuera puerta!»

Mutatis mutandis, y dando por hecho que la princesa real deseara que se le diese Arcalao, maligno encantador, la encantase dentro de un piano, algo semejante pudo ocurrir entre los esposos cuyo retrato publican todos los *graphics* del mundo y cuya historia refieren, quitándonos, á los que no gustamos de meternos en ajenas vidas, el escrúpulo de hablar de lo que al cabo es más público que la bula de la Santa Cruzada.

Se me objetará quizás que Toselli es un artista, y que el artista, por derecho divino, es equivalente á las más elevadas personalidades del orbe.

Concedido en principio, y negado en los casos particulares, que es preciso mirar muy despacio.

Yo no sé qué manía de grandezas le ha entrado á nuestra época, que no hay rana que no se hinche para asemejarse al buey, y no hay buey que no se esponje con la vaga esperanza de convertirse en megaterio.

La prensa se ha dejado influir por este espíritu de aumento é hinchazón de la natural condición y estado de cada quique, y con el adjetivo que indistintamente aplica á menores y mayores, pretende identificarlo todo, halagando las pretensiones de todos, sin examinar (¿cómo ha de tener tiempo para eso?) su fundamento y títulos.

No hay escritor que no sea insigne; no hay artista que no sea eminente; no hay soirée de Cachupín que no sea aristocrática; no hay «festival» que no sea brillante, y no hay choza destartada que no sea solariego palacio. Cuando doña Luciana Barcino fué víctima del célebre crimen de la calle de Fuencarral, los diarios comenzaron á marquésarla por activa y por pasiva; y doña Luciana era tan marquesa como tú, lectora, eres papisa ó reina de Madagascar. Ni era marquesa doña Luciana, ni lo había sido nadie en su familia. Otra marquesa de fantasía, ¡y cuán de fantasía! fué la heroína de un proceso de bigamia, bastante reciente. ¿A qué sentimiento obedece este afán de ennoblecer, de elevar en categoría á las personas que por cualquier motivo aparecen en evidencia? No lo sé, pero debo decir que son más patentes aún los estragos de esta idea falsa y errónea en el terreno intelectual, artístico y literario, que en el puramente social.

Las categorías sociales son algo concreto: una marquesa, para poder llamarse marquesa, tiene que figurar en la *Guía*. El arte—lo sublime, lo hermoso—se resiste á la clasificación y siempre será discutido y discutible. Para mí Shakespeare es un hombre que raya en semidiós, como Esquilo: para D. Juan Valera no era sino un gran dramaturgo comparable y tal vez inferior á Calderón y Lope; y para Tolstoy, casi un currinche. En suma, estas controversias pertenecen al dominio de la crítica; pero hay un punto en que la crítica ya no ejerce sus fueros; y es al encontrarse con la innúmera legión de los que, llamándose artistas á boca llena y no admitiendo que nadie les regatee el

título, no son realmente sino *oficiales* de un arte—al cual su labor ni pone ni quita, ni afecta, en lo que el arte tiene de creador y espontáneo.

Si esto puede decirse de los compositores mediocres, que siguen las huellas de otros más inspirados, ¿qué diremos de los sencillamente ejecutantes, y que ni aun en la ejecución han logrado distinguirse de un modo excepcional? Y es el caso de Toselli.

El ejecutante, en mi opinión, está peldaños más abajo que el creador: si Listz no hubiese hecho sino tocar el piano, su nombre no debiera colocarse ni por casualidad al lado del de Chopín. Y es de las igualdades más incomprensibles, y sólo puedo atribuirlo á la pobreza del léxico, que el calificativo de artista aplicado á Wágner y á Beethoven se le aplique á los incontables Tosellis que andan por ahí, ejerciendo el oficio honorable, útil sin género de duda, de enseñar á las señoritas el *do-re-mi-fa-sol*, ó saliendo en un concierto á acompañar al violoncelista. De suerte que, en el rango social y en el rango humano de las facultades y merecimientos propios, la boda con Toselli (si es boda) es una risible mesalianza.

El porvenir de esta clase de uniones no puede ser más encapotado y triste. Aun suponiendo que se funden en verdadero cariño, ese cariño necesitaría ser cuádruple del que basta para sustentar y apretar un lazo que no tenga en contra á todas las realidades é imposiciones de la vida. No será sólo la que ha descendido la que se queje y desazone en breve plazo: será también, y acaso en primer término, el que ha subido ó creído subir. Por lo mismo que él lleva, escondida ó descubierta, esa aspiración, el no verla cumplida y lograda ha de agriar su espíritu. Ella le ha sacrificado tanto, que pocas faltas le perdonará en el trato íntimo; y él ha puesto en ella tales esperanzas de vanidad, que no transigirá si se frustran, y tienen que frustrarse. Esa felicidad que trompetean las agencias telegráficas se funda en una equivocación mutua, y los que estamos de la parte de afuera tenemos la fácil lucidez del que, desde la playa, mira cómo una barca arrastrada por el oleaje no tiene más remedio que venir á encallar en determinado punto de la orilla. El mismo contento sentenciado á convertirse—¿quién sabe?—hasta en odio mortal...

Por eso debe perdonarse á la ilusa princesa; no deben extremar la dureza los que tengan derecho á hacerlo, dado que el porvenir se encargará del castigo, de la vindicta, de la lección (estéril, nadie remedía lo ya sucedido) y de cuantos requisitos exigen la moral ofendida y la sociedad horripilada.

Matrimonios por tal estilo se bastan á sí mismos... Y ello ocurre fatalmente, contra la voluntad y deseo de los contrayentes, que llevan el propósito de eternizar la ventura y el engrandecimiento de su sentir, sin que yo por eso me meta en aquilatar la calidad de este sentir, indagatoria sobrada complicada y que nos llevaría á terrenos escabrosos y llenos de pedruscos.

Doy por hecho que la princesa y el pianista son tan finos amantes como Diego de Marsilla é Isabel de Segura, los cuales, según las investigaciones de los sabios, jamás existieron, y ahí está un reciente y curioso estudio de Cotarelo para demostrarlo; y puesto el caso de que la pasión de la pareja regio musical no le cediese un ápice á la de los enamorados de Teruel, todavía los de Teruel (no olvidemos que nunca llegaron á existir) sólo dispusieron, para demostrar tan vehemente ternura, de un instante supremo, porque el tiempo de la ausencia no ha de contarse; durante la ausencia, la ilusión no tiene pretexto alguno de marchitarse y mustiar sus hojas.—El grave inconveniente de la princesa y el profesor es justamente eso; que no tienen la menor probabilidad de morirse, no diré al instante; ni á los cuatro ó seis meses de haberse unido ante los hombres. Si viven, es innegable que se tirarán los platos. No precisamente los de loza y vidrio; hay palabras que hieren más que un tiesto de loza, y modos de conducirse que arman más estrépito que la rotura de una vajilla entera.

Es el mayor mérito de la obra de Benavente *La princesa Bébé*: en ella resalta con suma gracia y picardía el infalible caso: el inferior unido á persona superior, que olvida gustosa su rango, que no quiere pensar ni en que tal rango existió, pero á quien se lo vienen á recordar constantemente las pretensiones, las vanidades de aquel ó de aquella por la cual sacrificó ese rango y esa posición en el mundo, y que aspira á sostenerle y recobrarla al lado de su consorte. ¡Ello es tan humano, tan profundamente humano!

Y así sucederá á la princesa Luisa. Ha querido dejar de ser princesa, y el hombre que tiene á su lado no la ve sino princesa, princesa á toda hora, en toda ocasión y lugar... Y si un día cree que en serio la dama ha dejado de ser princesa, pierde la ilusión que puede haberle llevado á tan peregrino enlace.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo más traído y llevado en la prensa de estos días ha sido, sin duda, el matrimonio (?) de Luisa de Sajonia con el pianista Toselli.

He visto en no sé qué periódico ilustrado el retrato en grupo de los nuevos esposos. Son en extremo significativos, para los que gustamos de leer en el semblante humano, los del artista y la princesa. Ella, con expresión de bondad, con predominio evidente del elemento fisiológico sobre el psicológico; él, con el aire infatuado y bobón de un tenorino guapo, de esos que reciben cada noche en que cantan dos ó tres esquelas (según la leyenda; vaya usted á averiguar si es cierto). Aunque más guapa, algo tiene la de Sajonia de la reina María Luisa, en el gesto y en el esguince de la boca golosa é inocentona. A decir verdad, el efecto que me produjeron los dos héroes de la aventura internacional y amorosa fué el de dos niños grandes, que acaban de realizar una travesura y no caben en sí de gozo.

Y mi primera incertidumbre en este caso especial, hela aquí: ¿están realmente casados ó no estos cónyuges?

Su situación, según parece, es de las más abigarradas y ambiguas que cabe imaginar. Hay países donde, para los efectos de la ley, están casados. Hay otros donde, para los efectos de la ley, están... arriados, como se dice en Madrid, y sujetos á los más crudos rigores de la ley susodicha. En los países católicos y ante la conciencia católica, ni por soñación son marido y mujer. En los protestantes no sé qué idea habrá de estas cuestiones; acaso allí puedan considerarse sancionado el enlace. Todas estas dudas, sombras y confusiones hacen que el suceso llame más la atención (momentáneamente) y que la actualidad se apodere de estos consortes y de la criaturita, la princesa Mónica Pía, corderilla de dos padres, que por ahora juega contenta y riendo, y que el retrato nos presenta llena de la dulce malicia infantil, ignorante del destino.

Mi segunda incertidumbre, ó mejor dicho, mi segunda curiosidad, sería indagar cómo, en qué forma se atreve un pianista á insinuarse con una señora que es casi una reina, y que reina sería á no haber sucedido... lo que sucedió; y que, aun cuando tenga otros antecedentes, debe de conservar prestigio.

La mujer, cuando prescinde de muchas cosas, prescinde rara vez de las categorías sociales. No desciende la mujer hasta sus inferiores sino en contados casos. Este sentimiento de la jerarquía no es privativo de la mujer de alta clase: á la burguesa, á la señorita «de medio pelo», se le impone exactamente lo mismo. Que la hija de un empleado de corto sueldo se case con un ayuda de cámara ó un mozo de café me